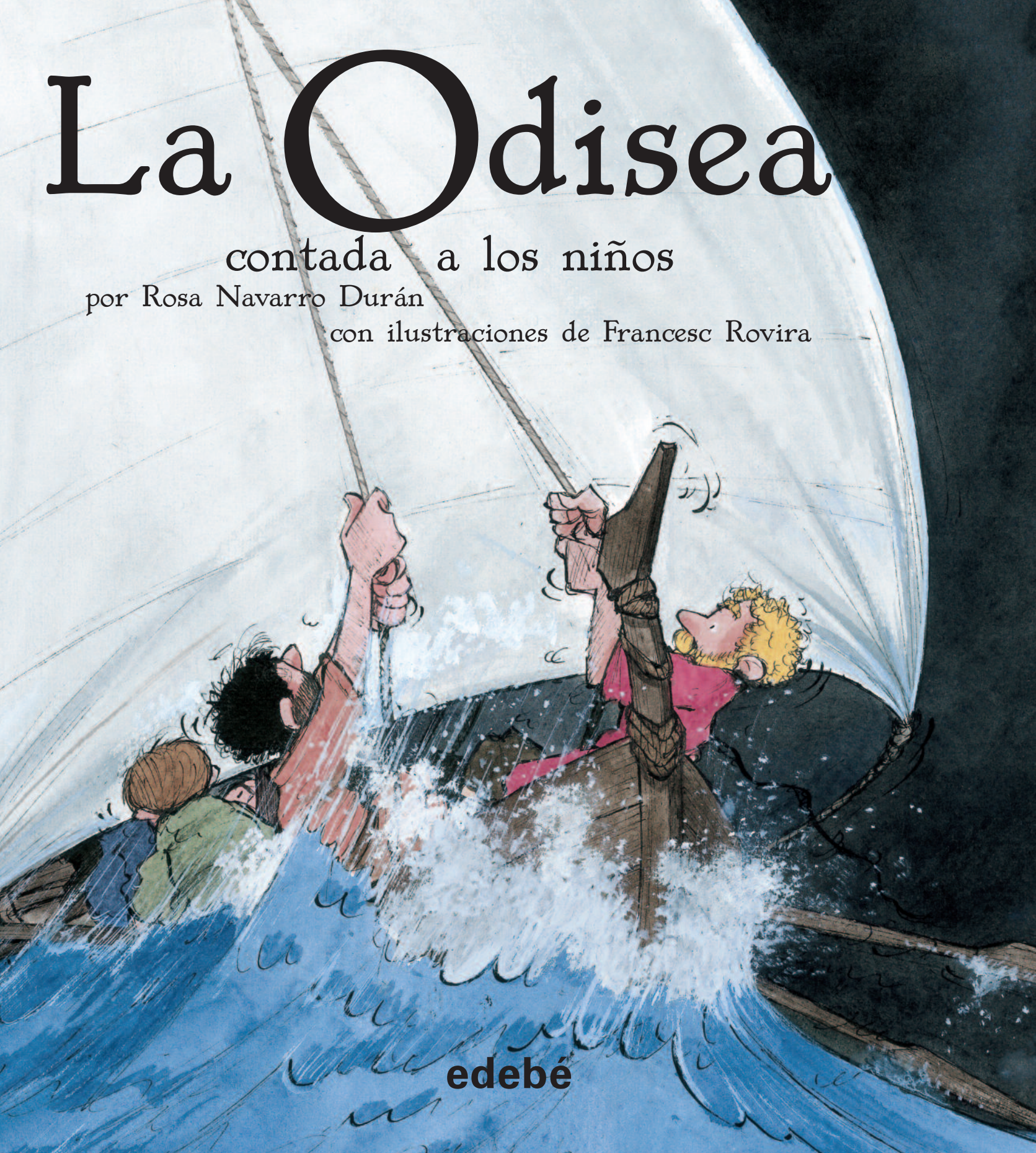


La Odisea

contada a los niños

por Rosa Navarro Durán

con ilustraciones de Francesc Rovira



edebé

CLÁSICOS
CONTADOS A LOS NIÑOS

La Odisea

edebé

Proyecto y dirección: EDEBÉ

Adaptación del texto: Rosa Navarro Durán

Ilustraciones: Francesc Rovira

Dirección editorial: Reina Duarte

Diseño: Joaquín Monclús

1.ª edición, septiembre 2007

© Edición cast.: edebé, 2007

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

ISBN 978-84-236-8375-8

Depósito Legal: B. 15334-2007

Impreso en España

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

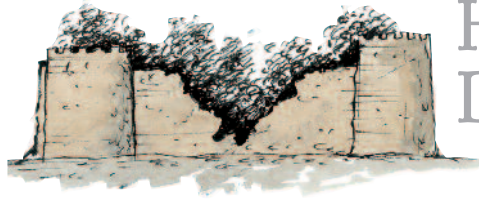
CLÁSICOS
CONTADOS A LOS NIÑOS

La Odisea contada a los niños

por Rosa Navarro Durán
con ilustraciones de Francesc Rovira

edebé

EN EL OLIMPO LOS DIOSES HABLAN DE ULISES



Hacía ya tiempo que la guerra de Troya había acabado. Los griegos habían vuelto a su tierra después de vencer a los troyanos.

Sin embargo, Ulises, cuyo nombre en griego era Odiseo, uno de los mejores guerreros griegos y el más astuto, no había llegado aún a la hermosa isla de Ítaca, donde le estaban esperando desde hacía años Penélope, su mujer, y Telémaco, su hijo.

Y es que la ninfa Calipso retenía en la isla Ogigia a Ulises, convencida de que con el tiempo accedería a casarse con ella. Ulises lloraba de rabia, porque no veía el momento de volver a



su tierra y abrazar a su mujer. Pero ¿cómo salir de la isla si no había ninguna barca en ella?

La isla Ogigia estaba en el centro del mar, azotada por el viento, y tenía árboles muy altos. En una gruta de aquella isla vivía la hermosa Calipso, hija del gigante Atlante, el que sostenía con sus hombros la esfera del cielo.

En el Olimpo, por supuesto, todos los dioses conocían la situación de Ulises y a ninguno le gustaba, salvo a Poseidón, el dios del mar, que estaba muy enfadado con el héroe porque había vencido a su hijo, el gigantesco cíclope... Pero ésa es una historia que contaré más adelante.

La que estaba más preocupada por Ulises era Atenea, la diosa de ojos verdes, porque le quería mucho.

Un día que Poseidón se había ido a Egipto, Atenea aprovechó su ausencia para pedirle a su padre Zeus, el dios de los dioses, que tuviera lástima de Ulises y le ayudase a salir de la isla Ogigia y a volver a su tierra.

Le pidió que enviara allá al dios Hermes, su mensajero, para decirle a Calipso que dejara marchar a Ulises. Mientras tanto

ella iría a Ítaca a dar ánimos a Telémaco. Le diría que fuera a Esparta a buscar noticias de su padre al tiempo que se daba a conocer por otras tierras.

Y a Zeus le pareció bien lo que le pedía su hija.

EL VIAJE A ÍTACA DE LA DIOSA ATENEA



Atenea se calzó las sandalias con alas que le permitían volar a la velocidad del viento sobre el mar y la tierra. Luego cogió la larga lanza, que tenía una aguda punta de bronce, con la que destruía filas enteras de héroes cuando se enfadaba con ellos, y bajó del alto monte Olimpo hasta llegar a la isla Ítaca.

Se detuvo a las puertas del palacio y cambió su aspecto para que nadie pudiera reconocerla. Tomó la apariencia de un extranjero, pero no de uno cualquiera, sino de Mentos, rey de una isla vecina.

En los porches del palacio estaban los pretendientes de la reina Penélope. Eran los soberbios hijos de los reyezuelos

vecinos, de la misma Ítaca y de otras islas. Todos querían reinar allí casándose con la reina. Se pasaban el día en palacio comiendo y bebiendo, esperando que ella eligiera a uno de ellos; devoraban lo que era de Ulises y se hacían servir por sus criados. No había más que verlos jugando a los dados, bebiendo el vino que les servían unos criados mientras



otros cortaban la carne que iban poniendo en sus platos.

En medio de ellos estaba Telémaco, muy triste porque veía cómo gastaban las riquezas de su padre; pero no podía hacer nada él solo contra sus abusos. Ellos eran muchos, y él uno solo. ¡Si hubiera estado allí su padre, todo hubiera sido muy distinto!



Estaba pensando en todo ello cuando vio la figura del extranjero en el vestíbulo. Fue enseguida a buscarle para invitarle a sentarse y a comer con ellos. Los criados le sirvieron carnes de todo tipo y copas de buen vino.

Mientras los orgullosos pretendientes oían cantar al juglar Femio al son de su cítara, Telémaco, en voz baja para que no le oyeran, le contó al extranjero lo que pasaba en palacio. Le dijo que su padre debió de morir en el mar al regresar de la guerra de Troya y que esos sinvergüenzas estaban gastando sus riquezas comiendo y bebiendo lo que era suyo. Luego le preguntó al extranjero quién era y de dónde venía, y si había conocido a su padre Ulises.

La diosa Atenea le dijo que era Mentos e inventó una historia para que Telémaco creyera que era realmente el hijo del rey de una isla vecina. Le contó que había llegado con los suyos en un barco porque iban a un país de hombres que hablaban otro lenguaje para cambiar hierro por bronce con ellos. Había dejado su barco en el puerto como lo hacía cuando reinaba Laertes, el padre de Ulises. Había oído decir que

*Fue enseguida a buscarle para invitarle
a sentarse y a comer con ellos*

13



ahora, ya muy viejo, el rey vivía en el campo, cuidado por una anciana criada. También le dijo que sabía que Ulises no había muerto, que estaba en una isla en medio del mar, donde lo retenían contra su voluntad; pero que él creía que encontraría algún medio para escapar porque era un hombre muy ingenioso.

Y por último se lamentó diciéndole a Telémaco:

—¡Ay, si él volviera y viera en su palacio a los soberbios pretendientes comiendo y bebiendo de lo suyo! ¡Qué corta iba a ser su vida! Pero ya decidirán los dioses si vuelve o no y cómo se venga de esta gente. Lo que tú tienes que hacer es reunirlos mañana y decirles que se vayan a sus casas. Y luego manda que te preparen la mejor nave que veas, con veinte remeros, y vete a preguntar por tu padre. Primero, a Pilos, donde está el anciano Néstor; y después a Esparta, a ver al rey Menelao, que es quien llegó el último a Grecia después de que los griegos se fueron de Troya. Ya que veo que eres alto y gallardo, sé fuerte y valiente para que hablen bien de ti.

Y Atenea, sin querer los regalos que le ofrecía Telémaco, se

marchó, dándole fuerza y audacia al joven para que saliera de su tierra a preguntar por su padre.

Cuando él ya no la veía, empezó a volar como un pájaro y se dirigió de nuevo al Olimpo.